

é indispensable, así para el progreso de la lectura, como de la escritura, y, en general, de la enseñanza del idioma. Examinemos á grandes rasgos la marcha que conviene seguir en su desarrollo para que ese desarrollo sea siempre gradual y medido hasta la conclusión:

XII

ANÁLISIS GENERAL DE LA EXPRESIÓN.—LA PALABRA, LA ORACIÓN Y EL PERÍODO.

Para que los niños se expliquen la estructura general de la expresión, es menester que la examinen en armonía con su objeto y con las exigencias á que debe responder para cumplirlo.

El ejemplo que de un modo más inmediato patentiza ambas cosas, y el que, por lo mismo, conviene ofrecer desde luego á los alumnos, es la descripción de objetos sensibles. Que analicen, pues, una, y que empiecen por notar ante todo qué es menester para hacerlo y con qué propósito se hace.

Sobre el primero de estos puntos comprenderán muy bien que ellos no pueden dar cuenta, v. g., de un paisaje que han visto, si no se les ha quedado tan presente, que les parezca estarlo viendo aún en aquel momento, porque todo lo que digan acerca de él lo dirán guiándose por la imagen que conservan. ¿Falta la imagen, porque no se les grabó ó porque el tiempo la ha borrado? La descripción es imposible. ¿Es falsa ó incompleta la imagen? Falsa ó incompleta será la descripción. Eso y decir que de b único de que pueden dar cuenta es de la representación que han conservado, y de nada más, es todo uno. Importa poco que se diga ó no se diga; el hecho no quedará por eso menos sobrentendido.

Comprenderán igualmente que su propósito inmediato, al describir el paisaje, es que la persona que los oye se lo figure en su inter-

rior de la manera más aproximada posible á como ellos lo vieron y recuerdan; ó de otro modo: que esa persona llegue á contemplar también dentro de sí una imagen parecida á la suya. Lo comprenderán, repito, porque se han encontrado mil veces en el lugar de su oyente, y sin ir más lejos, en el instante de hacerse estas observaciones, ya que todas ellas se suponen motivadas por una descripción que acaban de escuchar. Que juzguen, pues, por experiencia propia si es otro el resultado que consiguieren que figurarse en sus adentros un paisaje á la manera del descrito; y que reflexionen si, de no conseguir ése, logran ninguno ni llena bien su objeto la descripción.

¿Cómo alcanzan tal resultado? ¿cómo es posible que se figuren lo que el maestro está viendo en su interior á medida que habla? ¿Es que les trasmite por ventura su imagen del paisaje? Claro que no; entonces podrían contemplarlo dentro de sí de la misma manera que él, á pesar de no haberlo visto, y ya saben que no ocurre tal cosa (á lo cual no se opone el que llamemos á la palabra órgano de transmisión del pensamiento, porque, al hablar de esa suerte, no hacemos más que usar un símil sin pretender elevarlo á la categoría de una explicación de las funciones reales del lenguaje, según lo apuntado al comienzo del tercer capítulo).

¿Qué sucede, pues, si transmisión no hay? Sucede que la imagen particular de aquel paisaje se compone de cosas que no son particulares de él, sino que se encuentran por todos lados, y que todo el mundo puede haber visto en una ú otra forma—montes, árboles, prados, ríos, caminos, casas, etc.—Sucede que el individuo que sigue bien nuestra descripción figura en el número de los que han visto cosas de esa clase, y tiene su representación general de cada una, su *idea*, como se dice. Sucede que á cada una de esas ideas ó representaciones generales ha puesto desde la infancia la misma etiqueta que nosotros—el mismo *nombre*.—Sucede, en fin, que el que describe va diciendo las etiquetas correspondientes á las clases de cosas que vió para que el oyente vaya buscando á su vez las representaciones que tenga registradas en su memoria con los mismos rótulos. ¿Qué significa todo esto? Que tal individuo, lejos de recibir formada la imagen del paisaje, tiene que formarla él con representaciones suyas; y que las palabras no son más

que signos, señales convenidas de las que debe elegir para hacer su composición de lugar.

Tal es, en términos sumarios, lo primero que deben ver los alumnos para explicarse el valor de la lengua articulada, y los límites en que se encierra su virtud.

Sobre esta base, fácil les será añadir á las observaciones anteriores la que sigue: que, para describir el paisaje, no basta citar por sus nombres las cosas que comprende, entre las varias que un paisaje puede encerrar, por lo mismo que hay muchas como ellas. ¿Se trata de un río, v. g.? Pues el que describe no se satisface con que los demás se representen uno cualquiera, sino uno por el estilo del que él contempló; y para eso se esfuerza en darles toda clase de señales y pormenores, participándoles que *era un río ancho*, pero que *llevaba poca agua*; que *dejaba descubierto el fondo en varios parajes*, y *se dividía en brazos*; que *corría muy suavemente*, y *apenas hacía ningún ruido*; y así, unas tras otras, va señalando á la atención de sus oyentes ó lectores las circunstancias del río que se han grabado en su recuerdo, para que ellos incluyan en su imagen las representaciones ó ideas que posean de tales circunstancias.

Aquí se advierte á los alumnos que *cada cosa que se dice del río* (cada cosa entera, se supone, pero una sola) es lo que se llama una *oración*. En el párrafo precedente se han dicho seis: 1.^a *que era un río ancho*; 2.^a *que llevaba poca agua*; 3.^a *que dejaba descubierto el fondo en varios parajes*, etc. Pues son seis oraciones.

Los alumnos pueden generalizar esta idea, notando que la misma operación hay que repetir con cada uno de los elementos del paisaje—con los montes, los árboles, los prados etc.;—y que, si se aspira á precisar mucho la pintura, otro tanto hay que hacer con cada una de las partes de esos elementos—por ejemplo, con el lecho del río,—ó con cada uno de los elementos que á su vez comprenden estas partes—v. gr., las orillas del lecho,—ó con cada una de las porciones de estos nuevos elementos—con cada porción de las orillas que ofrezca circunstancias notables—y así continuando hasta conseguir el grado de particularidad á que se aspire en la descripción. En todos estos casos, repito; á medida que prácticamente los examinen (un día, unos; otro día, otros), irán obser-

vando que el procedimiento descriptivo es siempre idéntico: que todo él consiste en ir citando partes del paisaje que han llamado nuestra atención, y en ir diciendo, á propósito de cada una, las cosas que se estimen necesarias para caracterizarlas. Sucederá á veces que nos importe mencionar un pormenor, pero no caracterizarlo, porque no tiene bastante importancia para eso, y entonces nos limitaremos á decir que existía:—en tal parte *existía una cueva ó había una cueva*.—Es sin duda lo menos que puede decirse de cada objeto en particular, porque eso se declara ó se supone declarado con respecto á todos; pero siempre es decir *una cosa de un objeto*. Pues es una oración. Por consiguiente, la descripción entera se compone de oraciones, no meramente de palabras, que sólo valen como elementos para construirlas.

Si, en vez de describir simplemente el paisaje, queremos narrar alguna escena de que ha sido teatro, se reproducirán exactamente las mismas exigencias notadas hasta aquí. La narración no es sino un nuevo caso de descripción: descripción del desarrollo de un suceso ó serie de sucesos; é importa poco que los temas varíen, importa poco que se trate de sucesos ó de accidentes de un paisaje, si siempre ha de resultar que necesitamos decir, á propósito de todos, lo que juzguemos indispensable para caracterizarlos: porque cada cosa que se diga de una vez sobre cualquiera de ellos será una oración.

¿Queremos explicar, en fin, las reflexiones que nos han sugerido los sucesos, y las impresiones que han despertado en nosotros? Idéntico es el caso, porque la explicación tendrá que ser otra vez una descripción de esas reflexiones é impresiones. La lengua es siempre descriptiva, y su valor depende de la medida en que acierta á serlo (por eso es característica esencial de todo artista de la expresión el talento descriptivo.)

Cito estas generalizaciones, sin pretender, como bien se comprende, que baste *exponerlas* á los alumnos, sino dando por supuesto que necesitan *hacerlas* ellos mismos, analizando narraciones de sucesos y explicaciones sencillas de ideas y situaciones del ánimo, de la propia suerte que la descripción del paisaje. De sobra verán entonces (formúlenlo ó no lo formulen) que toda expresión compleja, sean los que quieran su objeto, su carácter y el

nombre con que se designe, es una descripción; que el interés inmediato del que habla ó escribe tiene que cifrarse en la pintura fiel de lo que ocupa entonces su espíritu (no porque en eso se resume toda aspiración, sino porque es lo único que puede intentarse con las palabras —y aun sólo indirectamente, como se ha visto; y porque, sin ello, no cabe conseguir ningún otro resultado de nuestra comunicación verbal con las demás personas) (1). Verán, por consiguiente, que las exigencias generales de la expresión son las esenciales para describir ya observadas desde el primer momento, ó sea: citar todo lo que se estime digno de nota en el asunto, y caracterizarlo, cuando no baste acusar simplemente su existencia é inclusión entre las partes que abraza lo descrito. Y como lo uno ó lo otro es siempre decir alguna cosa de un objeto, y cada cosa que se dice de una vez es una oración, verán, por fin, que esta última es el tipo elemental, y, por lo mismo, fundamental, de la expresión articulada, mientras que las palabras no son más que sus unidades componentes.

Podrán comprobarlo, viendo cómo siempre que se usan voces sueltas, esas voces no encierran por sí solas una expresión íntegra, sino que son parte no más de expresiones que se completan de diversos modos, y que al completarse, constituyen una oración, ó equivalen á una oración, á menos de que se hayan pronunciado por puro capricho, sin intención precisa de participar ninguna cosa.

Así, cuando los niños empiezan á emplear palabras sueltas, en el primer período de su aprendizaje del idioma, siempre que emplean cada una para expresar algo á los demás, es evidente que

(1) ¿Queremos, v. gr., hacerles partícipes de nuestros sentimientos? Pues tenemos que describírselos, para que recuerden otros análogos de su propia existencia, que les permitan identificarse momentáneamente con nosotros. Si mediante una pintura viva y animada, logramos, como suele decirse, que se hagan cargo de nuestra situación, esto es, que se la representen (no de otro modo ni por otro procedimiento que el indicado al tratar de la descripción del paisaje), entonces podrá nacer la simpatía; pero no ya—claro es—por el influjo de las palabras, cuya misión ha terminado con la pintura, sino por el de los recuerdos personales que promueven; y se medirá su intensidad (haciendo abstracción del temperamento del individuo) por la viveza de esos recuerdos y por su grado de semejanza con la situación de espíritu cuya pintura los ha evocado.

la expresión no está por entero en el vocablo, sino á la vez en otros signos á que la infancia recurre (la mímica) ó en antecedentes conocidos de la persona que oye.

Cuando un niño dice v. gr., "subir," extendiendo sus brazos hacia nosotros, sabemos lo que quiere gracias á ese ademán, pero no por la sola virtud de la palabra, que no expresa nada definido, mientras no se añade *quién* ha de subir, ó *qué* hay que subir y *adónde*. Si todo eso, que es esencial, se indica con vocablos, resultará una oración; si se indica con un solo vocablo y un ademán, como en el caso presente, las dos cosas juntas equivaldrán á la oración.

Cuando ese mismo niño, en otras ocasiones, pronuncia: "agua," "aba," ó como sepa, tampoco entendemos lo que quiere decir porque la palabra sola lo especifique, toda vez que esta palabra, como cualquier otra, se puede articular con mil objetos; lo que hay es que su objeto está definido entonces por la circunstancia, universalmente supuesta, de que aquel niño, á la manera de todos, ha aprendido á nombrar el agua *para pedirla*; de donde concluimos que, si no media nada en contrario, el nombre equivale á la petición. Pero supóngase que se le acerca el vaso con su contenido correspondiente, y que él lo rechaza, sin más explicaciones que volver á repetir lacónicamente: "¡agua!" Falló el supuesto que servía para completar su expresión, y será menester recurrir á la madre, que es el intérprete supremo del lenguaje fragmentario de su hijo, por lo mismo que es la gran depositaria de los antecedentes con que hay que suplir sus continuas elipsis. Entonces la madre nos informará probablemente de que el agua de que habla entonces su hijo es la de un estanque que existe en el paseo á donde suelen llevarlo, y que lo que quiere en sustancia es que lo saquen á paseo—cosa muy buena para sabida, pero diabólica para averiguada sin más antecedentes que la fórmula oral de la criatura.—En fin, si llega un momento en que también la madre carezca de datos para sobrentender lo que calla la lengua del niño, y en que la mímica sea impotente para suplir la falta, el caso será desesperado, y habrá que confiar al tiempo ó á algún azar feliz su solución.

Aplicando el mismo examen á las palabras sueltas que usamos

todos, verán igualmente los alumnos que siempre suponen análogos complementos, á no ser que estén compuestas de partes distintas que encierren las significaciones necesarias para construir una expresión, como pasa con las formas personales de los verbos, porque entonces cada una equivale á varias voces que, fundidas, constituyen ya una oración rudimentaria (1), suficiente en ocasiones. Fuera de este caso que, lejos de ser una excepción, constituye una nueva confirmación de la regla, verán, repito, cómo las palabras aisladas piden siempre un complemento ofrecido por el mismo que las pronuncia ó sobrentendido por el que las oye. Verán, por ejemplo, que, cuando una persona, después de consultar su reloj, dice: "las tres," si los que presencian la consulta saben que ha declarado la hora, es, en vista del hecho, no simplemente de las dos palabras: porque, si esas mismas palabras las pronuncia un amigo contestando á otro que le pregunta, v. g., quiénes de sus hermanas van á ir á cierta tertulia, su significación habrá cambiado totalmente, y ahora el complemento estará en la pregunta; y si son una exclamación en que prorrumpimos al encontrarnos inopinadamente tres cosas que creíamos perdidas, el que nos oye entenderá todo lo que queremos decir—en la hipótesis de que estuviese en antecedentes de la pérdida—gracias á esos antecedentes, á la vista del hallazgo y al tono de la exclamación, cuyos tres elementos suman tantas significaciones que, no ya una oración, sino períodos enteros serían menester para traducir oralmente lo que ellos con harta más energía revelan. Y así con observaciones de esta índole, irán aclarando gradualmente los alumnos el primer resultado del análisis lógico: que cada palabra es un elemento que puede utilizarse para multitud de expresiones, pero que por sí sola no constituye ninguna, porque toda expresión supone más de un elemento.

¿Cuántos? El análisis mismo se lo ha debido revelar claramente. Si cada expresión aislada es cada cosa que se dice de un objeto, se compone esencialmente de dos partes: el objeto de que se habla y lo que se dice de él, entendiéndose que objeto no significa aquí sino el tema sobre que versa la expresión, aquello de que se trata

(1) Véase el capítulo siguiente.

en cada caso, que lo mismo puede ser un objeto en el sentido más estricto de la palabra, que una persona ó un sér cualquiera. Hecha esta aclaración indispensable, sólo falta advertir al alumno que á ese objeto ó tema sobre que gira lo que se expresa cada vez, se le ha aplicado impropia mente el nombre de *sujeto*—advertencia necesaria, porque, si asociase á este nombre su sentido corriente (como hará por la fuerza del hábito, á menos de llamadas continuas de atención), no podrá reconocer los pretendidos sujetos de infinidad de oraciones, y se verá detenido á cada paso por una dificultad, que ha venido entorpeciendo, no ya el análisis de los niños, sino el de los hombres, y que no existe, sin embargo, cuando se despoja la idea de ese término de las limitaciones extrañas que el nombre le agrega.

La otra parte esencial de cada expresión—lo que se dice del sujeto—es el *predicado* ó *atributo*, tomadas estas palabras también con toda la amplitud de significación con que los niños necesitan usarlas para entenderlas; de modo que el predicado ó atributo sea para ellos, según el tenor literal de las voces, *lo dicho* en cada caso, lo *atribuido* al sujeto, y por consiguiente, *todo* lo dicho, *todo* lo atribuido, no sólo el término singular que suele designarse con tales denominaciones, que no es sino una parte del atributo, distinguida merced á un análisis del mismo.

Así, en las expresiones usadas, al describir el paisaje, para caracterizar el río, como éste es el objeto ó tema sobre que versan todas, es su sujeto común, y lo restante de cada una es el atributo ó predicado: en la primera, *era un río ancho*; en la segunda, *llevaba poca agua*; en la tercera, *dejaba descubierto el fondo en varios parajes* y así sucesivamente, porque tales son las cosas dichas del río en las expresiones mencionadas, é importa poco el número y las clases de palabras con que se dicen. Eso ya se verá después (1); lo que importa antes y siempre es la idea, y la idea íntegra, sin ningún género de restricciones, de ese miembro esencial de toda oración.

Estas nuevas observaciones les permitirán seguir aclarando y confirmando las que hicieron en el primer análisis; porque en suma

(1) Véase el capítulo siguiente.

¿qué resultaba de él? Que el que describe un paisaje aspira á que sus oyentes ó lectores se figuren algo lo más parecido posible á la imagen que él conserva; que, para esto, les nombra las clases de cosas que vió, á fin de que recuerden las ideas ó representaciones generales que ellos posean de las mismas; pero que, como dentro de esas clases de cosas las puede haber muy diversas de cada género, como, si se trata de ríos, hay ríos muy diferentes, es necesario también nombrar las circunstancias que se *asocian* en nuestra memoria á la imagen del que nosotros contemplamos, para que los demás las *unan* asimismo á la representación que van componiendo. Ahora bien: esas conexiones existentes entre las ideas se indican por las combinaciones de las palabras: á cada referencia de una circunstancia á su objeto respectivo corresponde la referencia de los vocablos que denotan la una á los que designan el otro, y la distinción consiguiente entre la serie oral que forman y las series contiguas (á la manera que se distinguen en la mente las asociaciones intelectuales que traducen). Tal es la exigencia á que corresponde la oración, y que para nada implica, como se ve, que el término referido (atributo) y el término á que se refiere (sujeto) sean simples ó compuestos, y se expresen, por tanto, con una ó veinte palabras: la unidad de la oración no estriba en la simplicidad ó complejidad de sus componentes, sino en la unidad de la referencia.

Continuando ahora el análisis pendiente, deben notar los niños que esta referencia de cada atributo á su respectivo sujeto—fondo de la oración—no es la única en que se ofrecen las cosas que observamos y pensamos. Por el pronto, no cabe duda de que entre los diversos atributos de un mismo sujeto establecemos multitud de asociaciones, encontrando aquí una oposición, allí una afinidad, cuyos términos, por cualquiera de las dos causas (por la afinidad ó por la oposición), se graban juntos en nuestra memoria. Este hecho, que yo anticipo ahora, deben reconocerlo los alumnos, según lo siempre expuesto, como consecuencia del análisis. Si comparan, por ejemplo, las cosas dichas del río, fácil es hacerles llegar á las siguientes conclusiones:

Entre la primera y la segunda—*era un río ancho*. . . . : *llevaba poca agua*—hay un contraste que conviene señalar; porque, aun-